

# UN DILEMA PARA DESARMAR: *LES BELLES IMAGES* DE SIMONE DE BEAUVOIR COMO FICCIÓN CRÍTICA DE LOS ROLES DE GÉNERO

Adrián Ferrero  
Universidad Nacional de La Plata

## RESUMEN

El presente trabajo se propone, mediante un abordaje tanto textual como contextual de la obra de Simone de Beauvoir, centrarse en el análisis en una de sus obras tardías, *Les Belles Images*, en tanto dicha obra condensa y permite comprobar de manera taxativa alguna de las constantes, dilemas, así como esa suerte de convivencia plural de facetas creativas en su praxis escrituraria. Nos referimos tanto a la especulativa como a la ficcional, la estética y la teórica, que evidentemente han tendido puentes entre sí y contribuido a sembrar de desafíos como de interrogantes un orden ligado a la argumentación con otro propio de la narración de ficciones que podríamos adjetivar de «críticas», en tanto admiten revisar, desafiar, desestabilizar, tanto roles como figuraciones, estereotipos como convenciones de género confundidos con destinos. Se trata de operaciones inquietantes y perturbadoras para el orden social y cultural, cuyo *statu quo* es puesto en entredicho.

PALABRAS CLAVE: de Beauvoir, *Les Belles Images*, ficciones críticas, desafíos, *statu quo* cultural.

## ABSTRACT

The aim of this paper, based on the textual and contextual analysis of one of Simone de Beauvoir's latest works, a *nouvelle* called *Les Belles Images*, is to point out some of the permanent issues and dilemmas involved in her intellectual production, both in creative and theoretical directions, in order to consider them as a proof of her intellectual behaviour as fed on the impulse of new thoughts and critical perspectives. These contributed both to revise and enrich, destroy and find new ways of asking questions and objections about the female condition, as regards the injustice between both sexes. Literary pieces hold a privilege place to experiment new points of view about old problems, to expand them towards others judges, and, finally, to invite readers to participate in this fight against the cultural *statu quo*.

KEY WORDS: de Beauvoir, *Les Belles Images*, critical fictions, challenges, cultural *statu quo*.



## PENSAR PARA PENSARSE, ESCRIBIR PARA INSCRIBIRSE

«No soy una virtuosa de la escritura, como lo fueron Marcel Proust o Virginia Woolf». Esta frase, incrustada al pasar en uno de sus mentados escritos autobiográficos, que, como es sabido, consta de cinco volúmenes, constituye un indicio, bajo la forma de una autoevaluación de su proyecto creador, de lo que Simone de Beauvoir entendía como el saldo valorativo de su escritura. Suerte de autorreflexión crítica sobre su propia producción literaria, no deja de sorprender en alguien dedicado a la literatura (esto es, la escritura en su dimensión creativa y estética), un juicio de orden no descalificativo ni enjundioso. Por el contrario, de Beauvoir alude a sus escritos como formas literarias, conjuntos de signos ideológicamente marcados, estilísticamente definitorios y definitivos, sin voluntad de belleza o embellecimiento deliberado<sup>1</sup>. Ni ponderativa ni elogiosa, rastreaba en su producción la voluntad de desenmascarar la opresión social, no la de contribuir a embellecer un mundo cada vez más injusto y denigrante para algunas subjetividades sociales. O, para ser más precisos, «embellecer» era sinónimo de contribuir a la «mala fe» o bien a ornamentar reforzando cínicamente un orden burgués ya por entonces en crisis. Firmemente afincado no solo en un sistema material que lo ratificaba, dicho sistema material operaba como soporte de despliegue de ideologías sociales afines a un continuismo pacificador, esto es, encubridor de sus propias contradicciones. En efecto, el derrotero trazado por sus textos, por cierto siempre de naturaleza polémica cuando no irritante para un público conservador, no respondían a un preciosismo estetizante que, posiblemente a su criterio, confinaría la literatura a un mero «espectáculo para admirar» o «a bien de consumo». Peor aún, podía ser vehículo o forma de disfrazar la abyección con imágenes atractivas o bellas imágenes. Enfatizando los ideales de «mercancía», «gratuidad», «belleza», «armonía», «equilibrio», esto es, ideales creativos apolíneos y pacificadores, que se distanciaban de las manifestaciones inclementes a las cuales se sentía llamada a contribuir a señalar con énfasis de denuncia. Esos discursos bienpensantes agonizaban, plagados de ecuanimidad y de obsecuencia hacia los poderes. De Beauvoir entendía que ratificarlos la volvería cómplice de lo que pretendía desactivar, como una pieza más de ese engranaje destructivo. En otro sentido, una literatura oficiosa por permutar viejos códigos literarios e intelectuales en renovadoras piezas experimentales, como los productos de las vanguardias históricas, el modernismo europeo y, más tarde, las neovanguardias europeas, también correrían el riesgo de confinar problemáticas de neto corte político a banales (aunque admirables) gimnasias poéticas. Ello, una vez más, anularía el perfil combativo del arte y lo desplazaría como meras combinatorias hábiles, agudas, pero neutrales si no reaccionarias, en tanto que expulsarían a un lectorado masivo, que quedaría

---

<sup>1</sup> Esta alusión al virtuosismo y, por ende, a la belleza en la escritura, la invocamos en tanto que figuración en virtud del peculiar título de la novela breve de la que se ocupa este trabajo y algunos de los núcleos de sentido en ella abordados.

atrapado en un repertorio de discusiones artísticas, de crítica o teoría literarias, pero no del orden de «lo real inadmisibile». Esa realidad social ominosa a la que esas obras era deseable aludieran confluía en la común decisión de intervenir en un *statu quo* inequitativo: las violencias materiales y sociosemióticas que se disimulaban detrás de las ficciones burguesas antes mencionadas. Las sesudas lecturas, en las que se regodearían expertos letrados, probablemente académicos, despolitizarían el discurso literario, al punto de volverlo un mero juego ligero, leve y desafortunado, una esgrima verbal inofensiva que, a ojos de de Beauvoir, en tanto que productora de textos de naturaleza crítica y severa, no estaba dispuesta a transigir y fijar en tic. Un vector tan inherente a su poética, como lo era el dismantelar los sistemas de encubrimiento de la injusticia social, era inevitable en el orden de su pensamiento y en su praxis escrituraria u oralizada en conferencias y diálogos públicos con auditorios.

Luego de haber leído las obras de ficción de la autora (novelas, *nouvelles*, cuentos y una única obra de teatro), así como su saga memorialística, habitantes de ese zona mediadora e incierta en la que la así llamada «experiencia vivida» se transmuta en discurso poético narrativo, me propongo indagar, centrándome en su *nouvelle Les belles Images*. Dada a conocer en 1966, la obra escenifica una serie de asuntos, núcleos de sentido tanto como de sememas que, desplegados en la escritura creativa, a mi juicio son decisivos para evidenciar toda la riqueza de sus propuestas, el fermento teórico que las nutrió, que fue cambiante y dinámico, esto es, sometido a revisiones, objeciones y refutaciones. No está de más mencionar que la autora desarrollaba paralelamente a la praxis literaria la de teorizadora no sistemática pero sí persistente, a través de estudios, trabajos de crítica literaria, con énfasis siempre en señalar un itinerario cultural ávido por desentrañar el enigma de lo social y los porqué de sus injusticias, el lugar subalterno de algunos sujetos. Esta suerte de dimensión especulativa la alimentaba y fortalecía, consolidando intuiciones en convicciones y dotándolas de un fundamento inherente. Más aún, conjeturemos que el cultivo del discurso teórico o teórico-crítico, su problematización desde la capacidad de argumentar, condujo por senderos inesperados o acaso pujantes al carácter innovador de sus planteos estético-ideológicos.

La mayoría de los creadores y creadoras suelen afirmar que atraviesan por períodos o etapas yermos en los cuales su obra literaria tiende a paralizarse, estancarse, la producción a devenir reproducción. Es en este punto en el que estimo que la escritura de tratados, ensayos, argumentos, tesis, o incluso el abordaje de estudios sobre obras afines o de un alto componente revulsivo, son ocasión de poner en juego facetas de la intelección y el psiquismo que de otro modo la ficción, sin necesariamente anular, no faculta para transitar. Dichos senderos, igualmente fructíferos, revisten asimismo el rasgo de cuestionar ideologemas estabilizados al punto de detener la impetuosa apertura hacia caminos insospechados que dotarían a dicha obra de nuevos matices, reverberaciones, lectorados y la consiguiente apertura a otra agenda.



## 1. LE DEUXIÈME SEXE<sup>2</sup> COMO DISPOSITIVO DE PUESTA EN CIRCULACIÓN DE NUEVAS Y REVULSIVAS IDEOLOGÍAS SOCIALES

En principio, considero importante señalar que la célebre frase que condensó el espíritu constructivista tanto como anti-esencialista de *Le Deuxième Sexe*, aquella divisa que se cifraba, recordémoslo una vez más, en el lema «No se nace mujer, se llega a serlo» o, en otras traducciones, «No se nace mujer, se deviene», resulta fácilmente conmutable hacia el orden de lo masculino si uno se propusiera transferir mediante una analogía dicho planteo teórico hacia otras instancias constructoras de la identidad de subjetividades sociales. Mediante ellas la cultura en tanto que configuración simbólica articula y desarticula su organización, siempre dinámica. Y el género como tal, la noción que albergó ese lexema como dimensión significativa que da cuenta de rituales, escenas, constituciones serenas o conflictivas de comunidades y sociedades en permanente devenir, productos de una Historia que los envuelve y los circunda, significó un aporte de una radicalidad decisiva para la concepción de la sexualidad. Brindó herramientas intelectuales para el análisis teórico-crítico o acaso especulativo de «lo social» en relación con la sexualidad, tanto como la revisión de los parámetros, instrumentos y categorías en que las disciplinas habían asentado sus respectivas tradiciones y organizado un sistema de esclarecimiento y de continuidad, a la manera de un relato.

Que ese tratado de de Beauvoir se haya impetuosamente lanzado a la arena a mediados del siglo XX y en Francia no resulta un dato menor por lo que supone de herencia (recordemos el fuerte impacto que las feministas ilustradas dejaron en la sociedad francesa y europea en general como legado). La catarata bibliográfica<sup>3</sup> que prosiguió a la publicación del tratado, así como los movimientos de organización y agitación de mujeres en torno de la reivindicación de sus derechos (civiles, sindicales, gremiales, laborales, ciudadanos, vamos, humanos) también fue un síntoma de la eficacia, esta vez pragmática, performativa, tanto como paradigmática de un dispositivo textual en el orden extratextual intersubjetivo. Asimismo, esa sentencia dejó fijado en un texto con valor de documento y de fuente, articulando tanto teórica como analíticamente, un *corpus* de hallazgos, evidencias, pesquisas, rastreos de fuentes, pruebas, a partir de los cuales o bien respaldar la promoción de protestas, revueltas, formaciones intelectuales, o bien de inspirar como divisa otras nue-

---

<sup>2</sup> S. de BEAUVOIR, *El segundo sexo*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999, prólogo de María Moreno (1ª ed. 1949).

<sup>3</sup> Numerosos artículos y capítulos de libros de la Dra. María Luisa Femenías abordan el pionerismo de de Beauvoir. En uno de sus libros, titulado *Sobre sujeto y género. Lecturas feministas de Beauvoir a Butler* (Buenos Aires, Editorial Catálogos, 2000), Femenías denomina al hito que constituyó de Beauvoir en la fundación, articulación y sistematización de una hipotética Historia de los estudios feministas «el nudo gordiano». Capturar la idea de que de Beauvoir, paradójicamente, no libera sino «anuda» o une líneas, hilos, hebras teórico críticas dispersas, nos resulta altamente sugerente cuanto acertada.

vas. Numerosos brotes de renovadas obras teóricas o literarias no hicieron sino proseguir y posicionarse, a favor o en contra, retomando hilos o polemizando con la primicia de de Beauvoir. No obstante, se trataba menos de diferir que de proseguir, de completar menos que de refutar. Ese rango fundacional de de Beauvoir es insustituible, innegable, y a esta altura del siglo XXI un mérito que quien no esté dispuesto a reconocerle lo hace, no en función de ausencia de valores, sino de resistencia a las diversas ideologías sociales que puso en movimiento, que echó a rodar. Contemporáneas o ulteriores a la aparición del libro, queda claro que ese rasgo de simiente, seminal, que tuvo y sigue teniendo *Le Deuxième Sexe*, incipiente pero consolidado, simultáneamente, sin titubeos pese a su soledad, fue sagazmente refinado y entiendo que fundó no solo una inteligibilidad más clara para quienes estaban atentos y atentas a estas dimensiones de la iniquidad social como a toda una línea de estudios o genealogía donde la dimensión del género fuese central, en especial en lo que hace a estudios sobre la historia de las mujeres y sus avatares. Pero también en cuanto a lo que la construcción social de la identidad revestía en las modernas sociedades occidentales.

En lo que hace a proseguir su obra, se produjo una suerte de «primavera» entre sus seguidoras mediante la cual muchas de las metodologías, de los análisis y del enfoque que de Beauvoir otorgara a esa zona de la experiencia social tan ingente como olvidada, cosechó seguidores y seguidoras que activaron una maquinaria esta vez intelectual. Dichos teóricos y escritores pusieron en práctica muchos de sus parámetros para otras realidades donde la sexualidad fuese el centro, la piedra de toque, pero no solo la femenina, o no de manera excluyente, sino un tipo de organización dentro de la cual de Beauvoir había indagado en la estrictamente femenina, aludiendo claro está, relacionalmente, implícitamente, a la del varón.

También generó un profuso, feroz repudio, cuando apareció y el carácter de escándalo que suscitó la edición del tratado como novedad editorial mereció desde grupos antagónicos y adversarios comentarios sancionadores. Vetado, combatido, agraviado: todo ese conjunto de repudios no fue sino otro signo, esta vez de que no era un asunto semióticamente indiferente. Se recordará el tan célebre como irónico apelativo descalificativo de «el mamotreto» con que José Ortega y Gasset adjetivó en una reseña de su por entonces prestigiosa *Revista de Occidente* española al libro de de Beauvoir, por no mencionar los ataques que arrojaron sobre su figura, lo que no hizo sino conferirle un rango emblemático tanto al volumen como a la escritora. Esas reacciones tan desmesuradas le confirmaron que había tocado un punto socialmente urticante, una zona irritativa para muchos grupos interesados por mantener una inamovilidad en torno de ciertos núcleos de sentido.

Como se recordará, *Le Deuxième Sexe* fue editado de manera separada en dos volúmenes, el primero, en 1949 y el segundo, poco más tarde, y esos acontecimientos tuvieron ecos y ramificaciones no sólo locales, sino que fue rápida, instantáneamente traducido a otras lenguas y sus ideas discutidas en foros y ámbitos intelectuales del mundo entero. Su circulación fue eminente, en particular en los EEUU, donde se deslizó de manera tan exitosa como sorprendente, porque asimismo impulsó movimientos de protesta y concienciación de mujeres ya puestos en acción pero que recibieron un respaldo teórico-crítico que los consolidó.



*Le Deuxième Sexe* ostenta muchas virtudes como libro/tratado, pero me atrevería a afirmar que en principio organiza un conjunto de paradigmas teóricos, despliega informaciones relevantes, recoge y divulga experiencias tanto públicas como privadas, tanto olvidadas u omitidas como difundidas, e incita a la rebelión, a la insurrección en torno de iniquidades donde la dimensión del género es capital. Ello en virtud de que plantea que la dominación masculina ha atravesado la Historia humana y ha perfilado la organización y la configuración del orden de «lo real», tal como lo percibimos. De esta manera, el volumen reorganiza un pasado disperso, por no decir discontinuo, en torno de los significativos aportes tanto intelectuales como artísticos, teóricos o según una praxis vital, de múltiples mujeres y varones que, no precisamente como una excepción desdeñable, acompañaron las luchas en torno de los derechos femeninos, enfilados tras la misma causa militante. Lo que también interpreto como una iniciativa novedosa para el surgimiento de esta trama discursiva que constituye *Le Deuxième Sexe*, lo es el peculiar espacio de enunciación desde el cual se formula la obra tanto como su postura ligada al activismo de los derechos humanos de las mujeres: la disciplina filosófica y literaria, esto es, zonas de la discursividad social en las cuales resulta capital la fundamentación. Pero también la apelación a ejemplos paradigmáticos, la ordenación de un índice y un futuro trazado de temas pendientes, la atención a episodios del pasado y su continuidad atenta en el presente, y el ímpetu militante tanto como la ideología social que activa o detona ese movimiento.

La pulsión, la energía psíquica social que el libro puso en movimiento no se limitó a gestos de aprobación o de desaprobación. También constituyó una contribución inédita hasta la fecha por reunir y jerarquizar un material disperso y heterogéneo bajo la bandera de la reivindicación, pero asimismo con la idea no de eludir el costado más punzante y delicado del asunto sino la de afrontarlo. Ello con las herramientas que fueran fermento y proveyeran de solvencia a una ideología social precursora fácilmente descalificada por carecer de un *corpus* y un *status* epistemológico debidamente consolidado. No olvidemos que los así llamados «estudios de género» eran fragmentarios y obedecían a iniciativas aisladas, no socialmente pregnantas.

Desde una posición que no se abstiene de impugnar los abusos, que no economiza ni se priva de la apelación al discurso historiográfico, al de la biología, la filosofía, la demografía, esto es, con una perspectiva interdisciplinaria, multidisciplinaria, transdisciplinaria, de Beauvoir desarticula discursividades conservadoras y reaccionarias, ligadas al *statu quo* del patriarcado, las pone en evidencia y las acusa de ser la fuente provocadora de infelicidad y desdicha, no sólo de las mujeres, cabe agregar, sino de gran parte de sus vástagos (varones y mujeres) y, más aún, de los propios varones que ejercen un aparente y «jolgorioso» poderío incontestable. Esa incomodidad, pregonada en un tratado tildado de feminista, reconoce que ambos, varones y mujeres, son víctimas recíprocos de un sistema, y que como tales están llamadas a desarticular conjuntamente, como aliados de ser posible. Destacable, una vez más, resulta entonces el alto valor de *Le Deuxième Sexe* como textualidad emergente que orientó una acción constructora tanto como reconstructora y reconstructora hacia, en palabras de de Beauvoir, una sociedad más «igualitaria».

Su estrategia es clara: desarticula formas y discursividades anticuadas y facciosas, lesivamente facciosas para el sujeto mujer. Pero no desatiende, en un hipotético fanatismo típico de proyectos de comienzos, figuras de varones que defendieron los derechos de la mujer tanto como la de mujeres que fueron leales y ratificaron con prácticas o políticas esa herencia injusta. De este modo, de Beauvoir distinguía con gran esclarecimiento que el feminismo no era un asunto simplista de varones contra mujeres, de varones malos contra mujeres buenas, en un fecundo folletín con cuyas notas melodramáticas no estaba dispuesta a coincidir contributivamente. Se trataba, en cambio, de sistemas políticos en pugna, de hegemonías, que podían y debían ser revisadas y revertidas por ambos sexos, a manera de aliados.

Ahora bien: el célebre tratado en dos volúmenes (en el presente, al menos en la República Argentina, editado en un único ejemplar) atendía, como mencionáramos, a análisis textuales, los iniciales desarrollos de protofilosofía de género, evocaba sucesos macabros en torno de femicidios o abusos a niñas y mujeres, transitaba brevemente por el abordaje del psicoanálisis y la biología o, mejor dicho, por el modo como estas dimensiones permitían verificar una clara desventaja física para las mujeres. Prosiguiendo, el materialismo dialéctico, entre otras disciplinas o enfoques que se estaban consolidando como tales o no habían sido aún transferidos o adaptados como visión o macrovisión teórica a la problemática de los sistemas de género, fueron pioneramente transferidos como matrices analíticas a la vida de las mujeres en Occidente especialmente.

De Beauvoir acentuaba un rasgo que surgía como evidente pero no obvio cuando se analizaba la Historia de las mujeres. Las mujeres raramente resultaban los verdugos, según lo registraba la historiografía y la documentación. Así, organizar en ese tratado tanto como reforzar los efectos denunciativos y combativos, bien con apoyatura en otros textos ensayísticos previos de precursoras, bien con argumentaciones novedosas encaradas y formuladas por de Beauvoir a partir de sus propias reflexiones y sus énfasis personales, que la volvían capaz de señalar una tradición en la cual inscribirse y a la cual suscribir como adherente y como heredera.

Pero no se detuvo allí la promoción de ideales igualitarios discursivamente pronunciados. Acaso de Beauvoir pudo percibir que los tratados o los ensayos de esa índole resultaban un tipo textual, encarnado en discursos sociales que difícilmente serían masivamente leídos y, menos aún, graciosamente acogidos de modo aprobatorio, ni siquiera por sus pares. Con una gran percepción de la comunicación con las lectoras y los lectores, espontánea o programáticamente prosiguió su tarea, ya debidamente fundamentada e investigada, a través de la escritura de ficciones, que aquí llamaré «ficciones críticas», en tanto no se limitan a reproducir miméticamente sino impugnan o invitan a revisar un «estado de cosas». Me refiero a que desde una reconfiguración de formas de representación estética, desmanteladas, se invita a un conjunto de lectores y lectoras predispuestos y predispuestas a tal operación, a un cambio de óptica o a una reevaluación, por ejemplo, del sistema de «sexo/género» que asigna a los así llamados roles de género, rasgos introyectivos, identitariamente instituyentes, que pueden y deben ser redefinidos permanentemente. Sometidos ellos a los inevitables efectos del devenir histórico y de la concienciación que dilemas de este tipo logran en algunas ocasiones imbuir a los sujetos en lo que hace al



patrocinio de revueltas tanto sociales como privadas, a una suerte de irreverencia que capitaliza el allegamiento de ideas y prácticas novedosas. La escritura en general, y la literaria en particular, tenía un rol protagónico en la génesis de subjetividades alternativas, provista de acentos propios que le asignaran notas producto del relevamiento de casos excepcionales o ejemplares, lo que a su vez redundaría en la promoción de agentes de cambio, de inspiración de nuevas configuraciones sociales menos inequitativas.

## 2. «NO SE NACE MUJER (INTELECTUAL), SE LLEGA A SERLO»

Hay un punto, sobre el que ha insistido y llamado la atención la investigadora británica, en teoría de género y teoría literaria feminista, Toril Moi, quien escribió un conocido y documentado estudio sobre nuestra escritora, titulado *Simone de Beauvoir. The Making of an Intellectual Woman*<sup>4</sup>. Resulta relevante retomar brevemente la idea de que Simone de Beauvoir no fue una mera escritora de ficción o acaso, más ampliamente, de ensayos, lo que algunos denominan «una moralista», al estilo de Albert Camus o, antes aun, Montaigne. Ajustemos el concepto: de Beauvoir, además de escribir libros de ficción de un alto valor estético, revisando lugares comunes, impugnando pensamientos retrógrados o reaccionarios, resemantizando y revitalizando en ocasiones vertientes, nociones, dimensiones y tradiciones tanto filosóficas cuanto literarias, roles y códigos sociales organizadores del sustrato cultural que asignaba tanto los roles de género como posibles dinámicas de cambio en ellos, fue sobre todo una intérprete de su tiempo. Esto es, no sólo fue una mujer que escribía, una escritora, a secas; menos aún una simple letrada o *femme de lettres*. Fue, entonces, una testigo que se vio deliberadamente involucrada en procesos de liberación política (tercermundistas, imperialistas, independentistas) en el mundo entero, de Asia o África (donde su país había tenido colonias propias como nación imperial, con afán expansionista) a América Latina (como su conocido viaje a Cuba junto a Sartre), envuelta en luchas por los derechos humanos, sociales, sindicales, económicos. Fue así testigo de guerra y otorgó su apoyo incondicional, cuando lo consideró oportuno, a figuras ignoradas por el *establishment* así como a incipientes iniciativas como la legalización del aborto en su país.

Pero no menos cierto y valioso que estos roles, funciones, trabajos o iniciativas que tuvo a su cargo, es que de Beauvoir fue una de las primeras mujeres, no sólo por primicia sino por la altísima calificación que obtuvo en sus evaluaciones universitarias, en cursar y adquirir un diploma universitario en La Sorbonne. De manera que de Beauvoir fue en parte un producto universitario, mucho más subrayando el hecho de que se diplomó en una especialidad o carrera vedada a las muje-

---

<sup>4</sup> T. MOI, *Simone de Beauvoir. The Making of an Intellectual Woman*. Cambridge (MA), Blackwell Publishers, 1994.

res, la de Filosofía, en un país que no lo estimulaba ni contaba con mayores antecedentes relevantes a ese respecto.

No obstante, esa educación señera cuya génesis y primeros pasos están narrados en *Memoires d'une jeune fille rangée* (1959), primer volumen de su autobiografía, no cifró su vida ni la confinó a eruditos trabajos de archivo. Una vez graduada de Beauvoir se dedicó a la escritura de ficción y de ensayos, fundamentalmente filosóficos o literarios, pero trabajó como docente en liceos y se cuidó muy bien de frecuentar los recintos académicos superiores. Avisada de los peligros a que una vida universitaria, plagada de burocracias, obligaciones e imposiciones, no era lo que estaba dispuesta a desempeñar, precisamente porque ya estaba cierta del destino al que aspiraba para sí, que consistía en desentrañar enigmas intelectuales, así como en generarlos. De modo que esa formación universitaria se completó de manera autodidacta, con lecturas a solas, discusiones con pares, amigos y amigas intelectuales o escritores, entrevistas a personalidades, frecuentación de ámbitos donde discursividades alternativas y crítica a la cultura oficial la nutrieran para lo que se proponía escribir y dar forma como obra. Esa extensión o ampliación de su horizonte congregó la defensoría de unos cuantos ideales y principios morales tanto como políticos desde y por la palabra, verbalizando tanto su descontento como su gratificación, según estos principios fueran o no puestos en ejecución en causas que tenían por finalidad el promover la libertad en todas sus formas.

Entonces: reformulemos la conocida frase de Beauvoir: «no se nace mujer intelectual, se llega a serlo». ¿Y cómo se alcanza y se construye esa doble identidad, doblemente subalterna en ese entonces, donde la mujer, inquieta por hacerse acreedora de nuevos atributos, pretende devenir, además de sujeto social, sujeto profesional, agente crítico y de cambio en el tensionado campo de las ideas, siempre dinámico y en permanente combate? Me atrevería a afirmar que se trata de adscribirse a una praxis, a un conjunto de tareas de orden creativo/intelectivo/docente, más ampliamente ligadas a un perfil de productora cultural, ejercidas todas ellas con carácter disruptivo respecto del orden social vigente. Simultáneamente, podríamos agregar que de Beauvoir lo hizo desde foros de una alta visibilidad, en vista de que ocupó el lugar de la intelectual pública en una Francia atenta a las agendas intelectuales. No se limitó a encerrarse en gabinetes de expertos a leer extensos volúmenes ni a desempolvar pergaminos. Esto es: sus investigaciones, que las hizo, estuvieron dirigidas a organizar, sostener y avalar un sistema de ideas que tuviera un anclaje informativo además de hipotético. Renuente a escribir sesudas monografías apartada del ruido del mundo, se sumergió en él a sabiendas de que de ese ruido podía y debía extraerse una suerte de música o melodía candente. De Beauvoir fue al encuentro de «lo real», no solo del mundo «de las ideas», tomó posición sobre los acontecimientos que entendía demandaban de su toma de partido, hizo escuchar su voz y se involucró activamente en el devenir de su época. Presencial, directamente, exponiendo no sólo sus ideas sino la integridad y materialidad de su cuerpo. Esto es, no sólo mediada por la palabra.

De este modo, la inicial formación universitaria de de Beauvoir (bastante inusual en el área de Filosofía en La Sorbonne, donde conoció a Jean-Paul Sartre, Paul Nizan, Simone Weil, entre otros), fue el primer paso hacia una larga cadena de



sucesos que la situarían, en muchas ocasiones, en el eje de ásperos debates y tensas intervenciones públicas. Recordemos algunos de ellos: manifiestos, artículos de prensa, conferencias, cartas abiertas, marchas y protestas, viajes y corresponsalías, presencia activa en los medios de comunicación, entre otras actividades no menos decisivas para la incidencia en lo que hoy llamaríamos «la opinión pública». Esa alta visibilidad, claro está, no estaba al servicio de la autopromoción, de una cultura de la *celebrity* y la personalidad, montada para vender más libros o ser invitada a más entrevistas, sino a una mayor capacidad de incidencia y de sentar posición en torno de acontecimientos que requirieran de una toma de partido ostensible. Ese fue el camino seguido más tarde por parte de figuras ampliamente reconocidas por su trayectoria de pensadores/ras o escritores/ras.

Esta figura emblemática, la intelectual pública, fue complementaria de la de Sartre, funcionando como contrafiguras<sup>5</sup>, no antitéticas ni arquetípicas, sino complementarias, en un diálogo fructífero, no exclusivo ni excluyente, mutuamente inspirador y amparador. Resulta evidente que, por los acontecimientos e hitos de su propia biografía, dicha trayectoria vital de de Beauvoir la volvían más permeable y sensible a ciertos núcleos semánticos, a ciertas praxis, a ciertas negativas que a otros u otras, como si se hubieran distribuido los problemas a abordar asignándolos según prioridades, capacidades estimadas mayores, aptitudes, intereses, o bien como si ambos hubieran actuado como sismógrafos que capturaran ondas y trazos sociales identificando problemas, generando categorías y sensibilizando a propósito de temas afines pero no idénticos. Ello les otorga a ambos una inherencia propia de su peculiaridad, a partir de la cual desplegaron sus astucias y su sagacidad, así como debatieron y polemizaron en privado y en público en torno de conflictos sobre los que era evidente sus respectivas experiencias los reenviaban a posiciones no radicalmente adversas pero sí matizadas o bien levemente divergentes.

Que la figura de la intelectual pública, que también prosiguieron escritoras e intelectuales como Hannah Arendt, Susan Sontag, Doris Lessing, Julia Kristeva, Elena Poniatowska, Diamela Eltit, Margo Glantz, Beatriz Sarlo, en sus respectivas naciones y momentos, entre muchas otras, sería impensable sin la precursión inusitada, claramente innovadora que tanto de Beauvoir como Sartre abrieron como una brecha. Entiendo que dicha hipervisibilidad se vincula con una necesaria violencia semiótica que sometiera a los signos sociales a una invasión corrosiva, portadora de una resistencia e incluso una hostilidad que los colocaba muchas veces en situaciones repudiadas, adversas. Este necesario disenso se comenzó a forjar desde el Iluminismo o incluso existen personalidades del orden medieval, por cierto más aisladas, que también primigeniamente lo ejercieron, pero no alcanzó una suerte de intensidad mayor y de entidad encarnada en tipos y no en prototipos, en pleno siglo XX. La

---

<sup>5</sup> Un volumen relativamente reciente que aborda tanto el vínculo en su faceta de «polinización» intelectual como el diálogo que los involucró como recíprocos oyentes/hablantes, es: H. ROWLEY, *Sartre y Beauvoir. La historia de una pareja*. Buenos Aires, Lumen, Colección Memorias y Biografías, 2007, trad. Montse Roca.

instalación de esas figuras, al estilo de un linaje mutuamente alusivo, intertextual, no hizo sino admitir discusiones pendientes u solapadas, que permitieran la inserción y admisión de discursos sociales, en especial femeninos y críticos, en el seno de un coro predominantemente de signos emitidos y aprobados tanto como desaprobados por varones. Los casos de esta serie de mujeres arriba citadas, entre otras, no se sustentaba sólo en un excepcional y diestro manejo de saberes, sino acaso en una enorme seguridad y en la convicción de ser también agentes y portadores de una misión social, fundamentalmente de protesta y de propuesta, que no se conformaba con los auspicios de una «buena carrera», a la que muchos y muchas de ellos renunciaron. También en un acceso conseguido a fuerza de batallas a las aulas universitarias, por más que no hubieran permanecido en ellas y recalado en el confort de adulaciones o imprecaciones.

No menos posibles, estas brechas abiertas por las intelectuales públicas y los discursos que emitieron, los problemas que instalaron en el seno de la sociedad, lo fueron merced a un medio ávido por escuchar a otras voces, por redefinir un conjunto de mensajes sociales de una alta opacidad. Dicha opacidad se basaba en la manipulación ideológica tanto del discurso político como del de la publicidad en los medios de comunicación, el de la acción o inacción (según cómo se mire) de instituciones educativas y sociales en general. Capaces de analizar problemas sociales (de la pena de muerte a la guerra, de la pobreza a los femicidios, de las violaciones masivas a los ultrajes, del aborto a la contracepción) y de escribir creativamente obras no sustancialistas que pretendían interrogar el mundo bajo la forma no de asedios, sino de narraciones interpretantes desde el lugar mimético y distorsionante a la vez del arte, siempre polisémico. Era claro que la irrupción impetuosa de la intelectual pública crítica no estaba ligada a circunstancias pacíficas y menos aún celebratorias sino que reorganizaba un sistema de aportes, en este caso simbólicos menos que materiales, que la precedieron, con la intención de anular la letalidad de ideologías retrógradas. Denunciaba los discursos de la coerción desde una tradición y una óptica preliminar. Venía a ocupar tanto un vacío cuanto una imperiosa demanda social, al tiempo que era esperable que desde múltiples espacios fuera impugnada o se tendiera a su impugnación pública.

### 3. LES BELLES IMAGES<sup>6</sup> COMO «FICCIÓN CRÍTICA»

Introduzcamos sucintamente la *nouvelle Les belles images* de Simone de Beauvoir en el más amplio contexto de su obra y de su aparición, tanto como de su circulación por el mundo hispanoamericano e hispanico, hasta donde nos ha sido posible reconstruir ese itinerario editorial.

---

<sup>6</sup> Las dos ediciones en lengua española con las que contamos son, cronológicamente: *Hermosas imágenes*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1965, trad. José Bianco; y *Las bellas imágenes*. Barcelona, Editorial Edhasa, 1991, trad. José Bianco y rev. J. Sanjosé-Carbajosa.



Como es sabido, las *nouvelles*, de estricta nominación original francesa, se caracterizan por constituir una suerte de subgénero literario, en este caso narrativo, que adopta la forma de un híbrido textual. No poseen la concisión, brevedad y unidad extremas de efecto del cuento o *conte*, sobre el que tanto teorizó el conocido escritor de origen norteamericano Edgar Allan Poe, ni tampoco la longitud más o menos extensa y la estructura aditiva y arborescente de episodios, de las novelas o *romans*. Las *nouvelles* vienen a traernos la novedad, valga la redundancia imbuida ya en su título, de un tipo textual de mediana extensión (entre los cuales podríamos citar otros tantos ejemplos célebres como *La metamorfosis* de Franz Kafka, *The Turn of The Screw*, del británico Henry James o bien *El balneario* de Carmen Martín Gaité tanto como *El coronel no tiene quien le escriba*, del colombiano Gabriel García Márquez, *El túnel* de Ernesto Sábato o el mismo *Pedro Páramo* del mexicano Juan Rulfo) que comparte rasgos económicos tanto como dispersos de los dos extremos narrativos. Ni sucinta ni portadora del derroche verbal de la novela, la *nouvelle* es una forma intermedia, munida de densidad y de un espacio mayor del habitual para un desarrollo narratológico.

Lo cierto es que de Beauvoir escribió por los menos otras dos *nouvelles*, lo que permite vislumbrar que esa forma narrativa resultaba acaso fácilmente abordable a sus inquietudes y, es posible creer, contaba con la condición de no exigir a sus lectoras y lectores (ni tampoco a su autora) largas jornadas de lectura que pudieran agobiarlas/los o restarles tiempo a sus tareas o a la vida laboral o privada. Así, tanto la trama como las ideologías sociales que de Beauvoir disparara merced a sus obras menos extensas sobre los lectorados, cumplirían, en cambio, con la premisa de una mayor asequibilidad, un efecto más directo y accesible, y admitirían quitar a sus obras el ripio que los novelones decimonónicos, si bien organizados de manera coherente, constituían un exceso. Plagados de descripciones, de interminables juicios y aseveraciones de un narrador siempre omnisciente, la trama narrativa que incubó tanto el modernismo europeo como el norteamericano contribuyó no poco a fijar en formas emergentes de representación literaria algunos formatos más acordes a la complejidad que el universo de la subjetividad estaba revelando a la luz de nuevas teoría e indagaciones, de la temporalidad narrativamente fragmentada (como las de las novelas de Virginia Woolf o William Faulkner, de James Joyce o Samuel Beckett) al perspectivismo cognoscitivo que había empapado al arte y a las ciencias, por lo menos en término de sus contenidos.

Ello conspiraba contra una lectura masiva y, más aún, eficaz, para lectoras y lectores con ocio escaso y tiempos breves de lectura, así como dispersaba la trama y las ideas allí formuladas. Tengamos presente que la publicación de esta *nouvelle* data del año 1966, esto es, en la posguerra europea y pocos años antes de que revulsivos movimientos de protesta asolaran la sociedad francesa. Me refiero, claro está, al Mayo Francés acaecido en 1968.

No es descabellado reflexionar sobre los efectos que la obra del existencialismo francés, con todos sus rebotes y sus exponentes, tanto como el modernismo literario de las primeras décadas del siglo XX europeas y las vanguardias artísticas sesentistas han de haber tenido en el plasma ideológico que catapultó el Mayo Francés a movimiento de agitación básicamente universitaria, esto es, nacida en el seno de una

institución y legitimada por los sorbonnards y las sorbonnades, pero rápidamente expansivo hacia otros sectores y ámbitos urbanos y suburbanos. Este movimiento fue apoyado, como es sabido, por gran parte de los intelectuales progresistas y reconfiguró, entre otros perfiles sociales, el de los roles de género y las prácticas sexuales no menos que las pedagógicas, o al menos sentó precedentes que luego fueron retomados más tarde a esos efectos.

*Les Belles Images* fue traducida en la República Argentina nada menos que por el apreciado escritor y traductor literario José Bianco, secretario de redacción de la conocida revista *Sur* dirigida por Victoria Ocampo, bajo el título de *Hermosas imágenes* y publicado por Editorial Sudamericana en 1967. Como vemos, la velocidad con que el texto fue volcado al idioma español, entre otros, nos permite confirmar la relevancia que la figura tanto como la obra de de Beauvoir tenían mundialmente y el interés que concitaba su producción y sus novedades. Esa porosidad cultural de su figura refuerza un esquema triangular que articula imagen de escritora, imagen de escritura con el texto propiamente dicho.

Con posterioridad, la misma traducción, esta vez revisada (es de conjeturar que extirpada de argentinismos como giros rioplatenses urbanos y suplantados estos por los peninsulares o ibéricos), se editó en España, en traducción más literal y menos metafórica, bajo el título de *Las bellas imágenes*, hacia la década de los noventa, en 1991 más precisamente. Amén de eliminar el artículo y castellanizar el castizo «bellas» por el argentinismo «hermosas», Bianco tiende a la condensación, respetando y restituyendo así el mismo principio constructivo de la obra, en tanto que literaria y en tanto que *nouvelle*, así como el horizonte coloquial, más próximo a la frescura de la oralidad social (siguiendo la norma lingüística burguesa, en el presente caso) que al virtuosismo de la cultura escrita, al que adscribe la mayoría de así llamada «alta cultura» o *haute culture* a formas sintácticas complejas y estilísticamente elaboradas.

Sin detenernos en un argumento que no resulta ni relevante ni necesario develar más allá de los estrictos fines del análisis textual y desde la perspectiva de género, agregaría que se trata de una obra cuya protagonista, Laurence, mujer de cincuenta y un años, madre de dos niñas, atraviesa una crisis conyugal, un divorcio, así como una crisis vocacional asociada a su profesión y a su identidad. Piénsese que si bien estos núcleos de sentido son cotidianos hoy en día, hacia 1966 constituyeron zonas de irritación social tanto como de repudio. En especial, la obra repasa el lugar que la mujer desempeña en tareas profesionales pero que asimismo tiene una familia que educar y mantener. Como vemos, tiene algunos puntos de contacto, no tanto en perfil de la protagonista cuanto en escenificar mediante una situación ficcional otras de orden real que tendían a repetir la conflictividad social propia de la Europa de posguerra, radicalizada hacia los años sesenta. Nos referimos a *Le Femme Rompue*, entre otras que dio a conocer la autora francesa.

Lo interesante de esta *nouvelle* es que de Beauvoir, desde múltiples escenas que se suceden y superponen en un sabio montaje, dramatiza una cadena de problemas o dilemas que tanto padres y madres, hijos a hijas, adultos y niños, varones y mujeres (aún los de hoy en día) debemos afrontar a la hora de educar a personas en edad de crecimiento. En especial, de Beauvoir detecta la incidencia perniciosa que



la circulación de mensajes sociales, a través de la comunicación interpersonal y de los medios masivos tiene en la crianza y en los peligros y amenazas que entrañan para las subjetividades sociales de niñas y niños aún no preparados para decodificarlos acertadamente. Esta mirada precoz de de Beauvoir sobre asuntos tan actuales sorprende por lo señero y por su vigencia, sentando una capacidad de avizorar y denunciar manipulaciones a las que estaba muy alerta.

No quisiera desconocer el modo como se gana la vida Laurence: redacta *slogans* de mercado para publicitar productos de moda femenina. Precisamente, el *slogan* sería la parte del uso del lenguaje más bastardeada, más prostituida, la más alejada de su despliegue estético/creativo en términos del cual el humanismo, la cultura letrada y los intelectuales definen su praxis social; las antípodas del texto literario. Entiendo que para alguien que escribe ficciones o tratados ensayísticos, un *slogan* constituye el espacio a demoler, el propio de los lugares comunes, de la reproducción y no de la producción de nuevos significados, de la iteración y repetición, del bastardeo de la palabra a los efectos de ponerla al servicio del capitalismo avanzado. En el extremo opuesto, de modo antagonista, todas las resonancias estéticas que potencialmente pueden extraerse de ella, paradigmáticamente encarnadas en el texto poético o, por qué no decirlo, incluso en el teatro, permanecen ignoradas y silenciadas. En definitiva, de Beauvoir dramatiza en esta opción laboral una profesión que, centrada en lo discursivo, degrada los significados sociales tanto como los intercambios verbales a los meros efectos de generar imágenes superficialmente gratas pero no auténticas, de construir mensajes en un sentido progresivo ligado a capturar clientes, no interlocutores; clientela, no interlocución. Lucrar y no comunicarse de manera auténtica es el objetivo de este oficio y constituye el reino de lo «inauténtico», para utilizar el término exacto con que de Beauvoir identifica este fenómeno social. En tanto se trata de mundos regidos por lo aparental, lo superfluo, lo mercantil y sin el menor interés por perseguir la comunicación genuina sino la adhesión o el encantamiento liso y llano que promueve una práctica social como la publicidad, dirigida al lucro bajo la forma, una vez más, de la manipulación, el objetivo lo constituye no el bienestar de los y las semejantes sino el filisteísmo de promover la compra o adquisición de productos materiales.

*Les Belles Images*, pese a haber sido concebida y publicada hacia los primeros años de la segunda mitad del siglo XX, nos permite experimentar en toda su crudeza, que no sólo sitúa descriptiva sino prescriptivamente, axiológicamente, algunos dilemas del capitalismo avanzado en una nación central como Francia, al tiempo que organiza un principio cuestionador e impugnador de esas iniquidades, trazando una alianza perfecta entre literatura, valores ideológicos y utopía social. El avasallamiento de la capacidad de imaginar y, en cambio, la promoción de la de ser estafados por ensoñaciones trémulas, engañosas y mentirosas, contornean los ideales a los cuales pretende responder nuestra autora. Degradar el discurso y la palabra a su mero uso instrumental a los efectos de «embellecer» un producto para así volverlo más vendible resulta una inmoralidad o un gesto de «mala fe». Finalmente, la presencia cierta del padre de la protagonista, un varón que hoy llamaríamos «feminista», permite pensar bajo la forma de un deseo pero también la de conjurar la amenaza de una degradación. Al mismo tiempo, subraya la importancia capital de



que los varones y mujeres mancomunadamente den batalla por la igualdad de derechos de ambos, y esto se realizará en la medida en que ambos sexos entiendan que, para ser verdaderamente felices, resulta imperiosa la liberación femenina de toda sujeción de poder e inhibición de sus capacidades y potencialidades.

Como vemos, no pretendo ni incurrir en un voluntarismo *naïf* ni, menos aún, en una invitación candorosa a «dormir con el enemigo o la enemiga». Más bien estoy procurando discernir y, dentro de mis modestas posibilidades, volver inteligible para otras y otros, una idea que entiendo es posible leer en de Beauvoir y acaso en otros y otras pensadoras. El feminismo y menos aún los estudios de género no son o no deberían ser «asuntos de mujeres». Ratificando la existencia de conflictos severos, de situaciones de iniquidad, nos atañen mancomunadamente a varones y mujeres. Para ello, una retórica de la intolerancia, una actitud excluyente hacia los varones como si todos pensarán y se comportarán del mismo modo hacia las mujeres, entiendo es deseable sea suplantada por la de una alianza. Aspiro, como otros y otras investigadores, a que se vuelva más discernible aún la interdependencia que mujeres y varones deberíamos procurar tener en nuestras formas de interactuar para la reconfiguración de nuevos roles de género y subjetividades sociales. En esa suerte de cruzada, las figuraciones, tropos, perfiles, que los autores, a través de la mediación de ficciones críticas, esto es, no complacientes ni iterativas de un orden imperante, revisten un carácter central. Estas nuevas maneras de convivir, de pensarnos, de amarnos, de actuar y de respetarnos, serían un camino, entre otros muchos, de sembrar un futuro más igualitario para nosotros y nuestros hijos e hijas, un futuro que, lo espero de verdad, sea más justo, más equitativo, menos virulento, menos lesivo. Y que, una vez más, sea una historia, no la de la Humanidad, que es demasiado extensa, sino las modestas pero modélicas de algunos grandes creadores y creadoras, sirvan de inspiración, de espejo para una neogénesis especialmente sensible a estas cavilaciones. Porque no se nace mujer o varón, se llega a serlo, merced también al conjunto, laxo, extenso, de ficciones críticas y propositivas que hayamos podido leer a lo largo de nuestras cortas vidas.

